

Cleopatra y sus esferas de oro

Desde que en 1920 el Dr. Ernst Gräfenberg iniciara sus experimentos para crear un «anillo» que evitara los embarazos, este precursor del actual Dispositivo Intrauterino (DIU) se ha ido perfeccionando hasta convertirse en uno de los medios más utilizados en la actualidad. La idea de colocar algún mecanismo en la vagina o en el útero de la mujer para prevenir un embarazo no deseado no es reciente; hace siglos que se utiliza. Los chamanes de Nueva Zelanda introducían piedras en la vagina de sus mujeres para hacerlas «estériles como piedras» y, según una tradición árabe, los conductores de las caravanas de camellos introducían —ayudados por un tubo hueco— semillas de dátiles o piedras en el interior del útero de los animales, aunque su eficacia era más que dudosa ya que la vagina de la camella es muy larga y su cuello uterino muy rígido y cerrado. En la antigua Mesopotamia utilizaban resina de los abetos y en textos de 4000 años de antigüedad se hace mención al uso de estiércol de cocodrilo. La referencia más antigua del uso de esponjas para absorber el semen e impedir su llegada al útero la encontramos en el Talmud, que cuenta que impregnaban en vinagre.

La famosa reina Cleopatra y otras damas de la alta sociedad griega y egipcia, utilizaban esferas de oro de distintos tamaños que se colocaban en la vagina antes de las relaciones sexuales, y los griegos aconsejaban introducirse media granada con sus semillas para impedir que el esperma llegara al útero. Será en la Roma antigua cuando encontremos a las mujeres cubriéndose el cuello uterino con frutas, nueces y lana para crear una barrera espermicida y en el siglo

XI Avicena recomendaba un pesario confeccionado con raíz de mandrágora, azufre y brea. En continentes como el africano utilizaban vainas vegetales y en Asia, algas marinas, musgo y bambú. Muchos siglos después, concretamente en 1880, el anatomista Peter Mensinga, ideó un diafragma hemisférico de goma hueco conocido popularmente como el «capuchón holandés», con el que se realizaban irrigaciones vaginales inmediatamente después del coito como práctica anticonceptiva eficaz, aunque esto se ha demostrado del todo falso pues tan solo diez segundos después de la eyaculación los espermatozoides llegan al cuello uterino.

Comprobamos que la imaginación del ser humano no ha tenido límites a la hora de encontrar un método que evitara los embarazos. Algunos de ellos han sido más populares que otros, pero ninguno ha sido lo suficientemente eficaz. No será hasta hace poco más de setenta años cuando se comenzaron a encontrar métodos realmente eficaces. Hoy se dispone de una anticoncepción «a la carta». Claro está que el anticonceptivo ideal no existe —si fuera así solo existiría uno—, pero lo que nadie puede negar es que han representado uno de los grandes avances de la ciencia y de la humanidad.

La masturbación, una historia de pecado

La masturbación, tanto masculina como femenina, se valora y juzga de manera muy distinta a como se ha hecho a lo largo de la historia. En muchas culturas era considerada como un acto inmoral porque impedía que la especie humana permaneciera en el mundo al «perder semen de manera improductiva», en el caso de los hombres, y alejar a las mujeres al preferir su vicio solitario. Sin embargo, Galeno, el gran médico griego, aseguraba que cuando un hombre no liberaba el semen de su organismo se convertía en un «ser peligroso» para su salud y para los demás. Siempre ponía de ejemplo a Diógenes, a quien consideraba una persona muy culta gracias a que llevaba una vida sexual activa y recurría a la masturbación para estar siempre en forma. Gracias a la gente que seguía sus sabios consejos se fabricaron juguetes sexuales; se cuenta que en la ciudad de Mileto se podían conseguir los mejores. No obstante, había un pero en la masturbación: era considerada un signo de pobreza. Los hombres con dinero preferían contratar a una trabajadora sexual para dicho fin.

Tras la llegada del cristianismo y con los primeros Padres de la Iglesia, se condenó a todo aquel que recurriera a ella. San Agustín de Hipona incluso dictaminó que la masturbación y las relaciones sexuales que no tuvieran un fin reproductivo eran pecados más graves que la violación o el adulterio. Este pensamiento perduraría durante toda la Edad Media, el Renacimiento, y en 1774, el médico suizo Samuel Tissot, publicaría un libro titulado *El onanismo*, que causaría pánico a todo aquel que lo leyera. Muy respetado en su

tiempo, describió científicamente el llamado «mal de la masturbación», una dolencia que podría ocasionar enfermedades físicas como aumento de pelo en las manos, acné, calvicie e incluso cáncer y muerte, pensamiento que persistió hasta bien entrado el siglo XX. Se idearon muchos métodos para descubrir a los niños y niñas que se masturbaban y, cuando el caso apremiaba, se realizaban circuncisiones sin anestesia, se aplicaban descargas eléctricas, se trataban los genitales con ortigas y, en casos extremos, se extirpaban quirúrgicamente. En otras ocasiones, se les ataban las manos a la cama o se les indicaba una dieta vegetariana con poca sal. Menos mal que llegó Sigmund Freud, quien no solo dijo que no era perjudicial, sino que además era beneficioso al aliviar el estrés y evitar las enfermedades de transmisión sexual. Con el paso del tiempo se cambiaría la idea que se tenía sobre este «vicio» aunque aún existen culturas y religiones que siguen pensando que la masturbación es una historia de pecado, y si no, sigan leyendo...

La bebida energética de los gladiadores no era ni la cebada ni el Red Bull

En el siglo I a. C., tras una encarnizada lucha en un anfiteatro romano podíamos ver al esclavo tracio Espartaco, el famoso gladiador, ingerir una bebida tonificante al igual que hacen hoy en día nuestros deportistas de élite. Como si de un Rafael Nadal, un Cristiano Ronaldo o un Usain Bolt se tratara –bueno, este último quizá no la necesite– muchos de los gladiadores romanos se recuperaban del esfuerzo del combate o del agotador entrenamiento en la escuela de gladiadores con una misteriosa bebida. Pero, ¿qué contenía? ¿Acaso Red Bull ya se comercializaba en aquellos tiempos? Nada más lejos de la realidad. Un estudio del departamento de medicina forense de las universidades de Viena y Berna publicado por la revista *Plos One* ha demostrado lo que ya nos decían los textos antiguos, entre ellos la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, al afirmar que tras los combates ingerían una bebida de «ceniza». Según Fabian Kanz, uno de los autores del artículo, la bebida misteriosa a la que se referían los clásicos se componía –según sus propias palabras– de «ceniza obtenida en la quema de madera de cedro, pino y roble, mezclada con vinagre y agua, y endulzada con miel». Pero, ¿cómo han llegado a esta conclusión?

La ciudad de Éfeso, en la costa occidental de Turquía, era la capital de la provincia romana de Asia y contaba con casi un cuarto de millón de habitantes. En la ladera de una colina se erigía un imponente anfiteatro con capacidad para 25 000 espectadores, donde se realizaban combates de gladiadores. En el año 1993 se descubrió en el recinto arqueológico de la ciudad un cementerio con docenas de

esqueletos y algunas tumbas. El estudio mediante espectroscopía permitió medir en 40 esqueletos el nivel de colágeno, la proporción de estroncio y el calcio de los huesos, por un lado, y la de los isótopos de carbono, nitrógeno y azufre, por otro. Tras compararse con los esqueletos de la población normal allí encontrados, las conclusiones resultaron ser sorprendentes. Las fuentes históricas informaban de que los gladiadores tenían una dieta especial a base de frijoles y granos, pero tras comparar los huesos de los guerreros con los del resto de la población se pudo afirmar que su alimentación no era mucho más diferente, básicamente vegetales y poca carne. Pero algo llamó la atención de los científicos: los altos niveles de estroncio en los huesos de los gladiadores, con lo que concluyeron que consumían más minerales procedentes de una fuente rica en estroncio y calcio, la «ceniza» ahora descubierta.

No sé si ese Red Bull de hace 2000 años les daba alas, pero la bebida que consumían esos aguerridos gladiadores debía de ser similar en calcio y manganeso a la obtenida hoy en nuestros supermercados. Una vez más, la ciencia ayuda a mostrarnos esa Historia tan lejana, tan misteriosa y tan apasionante.